

## Prólogo

### Pinceladas felinas

Jonathan Silverman  
Ph. D. en Nuevas Estéticas

Los felinos son animales sigilosos, efectivos. Los autores agrupados bajo el distintivo de «felinos» parecieran cumplir con las características anotadas. Sin alardes, calculando pisadas y lances, hará ocho años que iniciaron un proyecto editorial que ha evolucionado de la idea inicial de publicar los cuentos de un grupo de amigos a la de divulgar la rica producción del género en la región. Este salto cuántico sería el mayor cambio en la muestra si no estuviera acompañado de una amplia elección de autores y textos invitados. Libre de los prejuicios de las sectas literarias, abiertos por naturaleza, los caribes impulsores de esta iniciativa actúan de una manera admirable en un campo dominado por las disputas, las diatribas y los divorcios ostensibles. Admirable el proyecto, el gesto de permanente apertura y la disposición todavía más amplia de la Editorial de la Universidad del Magdalena al depositar una confianza irrestricta en un género cuya importancia nunca dejaremos de recalcar desde la distancia.

Como en los anteriores números, acepto volver a escribir una nueva nota introductoria, esta vez para *Cuentos felinos 8*: una edición guiada por el propósito ya explícito

de dar cabida en sus páginas a nuevas voces de la narrativa breve de la región, en especial a narradoras poco conocidas o que apenas inician carrera, como son los casos de María Angélica Pumarejo y Aurora Montes, oriundas del César, un departamento con una literatura ya muy reconocida, lo cual es motivo de complacencia para quienes, en las orillas de otra cultura y lengua, seguimos los movimientos de una escritura con la que nos identificamos los sureños de los Estados Unidos.

Este volumen ofrece a sus puntuales lectores una muestra nuevamente diversa en subgéneros, temas y registros estilísticos, muy sintomático ello de una región de espíritu plural, de *ethos* abierto. Intentaré, como en el anterior número, una aproximación leal a estos nuevos cuentos felinos, con el temor de nunca estar a la altura de los creadores: una legión de bestias habituadas a ir siempre unos pasos más adelante que sus comentaristas y críticos.

Rafael Darío, el personaje del cuento de Martiniano Acosta, armado con una cámara, una agenda, un bolígrafo y una mochila, viaja a Santa Isabel a entrevistar a un personaje del folclor. El viaje, en un bus en el que es el único pasajero, preludia el ambiente que encontrará: calor, sol intenso y una prolongada soledad en las calles. ¿Qué ha sucedido? Apenas distingue un par de perros y escucha el canto insistente de la pavita del diablo, lechuza que en vano busca con su cámara en la torre de la iglesia y en los árboles de la plaza. Un uniformado aparecerá para conducirlo hasta la casa del comandante. La corta entrevista con este le aclara la real situación del pueblo. A nadie podrá entrevistar. El folclorista ya no vive allí. Tampoco la cantante ni ninguno de los otros personajes que sugiere al comandante.

Todos se han marchado de Santa Isabel. Apenas se le permite hablar con Ángel Lora, el pintor, pero este le pide, mientras lo acompaña a tomar el bus, que lo visite en otra oportunidad. Regresará a Bahía del Mar en el mismo bus. Será esta vez también el único pasajero. «Silencio crucial», de Acosta, es un texto transparente en su pintura de los extremos que vivió Colombia por cuenta de la violencia armada. Una época reciente aún en la que pueblos enteros vivían secuestrados y en donde todo el que no congeniaba con los nuevos señores debía huir o marcharse, como sucede con los amigos que el periodista Rafael Darío quiere entrevistar.

El río Magdalena, con sus mitos y sus historias legendarias, es escenario y personaje de «Le petit dauphin», el cuento de Adolfo Ariza Navarro. El tema, como notarán sus fieles lectores, es un asunto inusual en una narrativa interesada en temas más contemporáneos que en el abordado en este relato, que explota con malicia las leyendas, vivas en el imaginario de los pueblos ribereños del Bajo Magdalena de Colombia, sobre la figura de Simón Bolívar, sus amores con Anita Lenoit y la vida de excesos, en Salamina, de Jean Jacques Rivell, presunto hijo de Luis XVI, prófugo de la justicia revolucionaria francesa: una verdadera bestia por su capacidad alcohólica, las dimensiones de su naturaleza viril y su fuerza de caballo. Estos últimos ingredientes pasarían como los atributos de un personaje excéntrico, igual que muchos otros, si no fuese por el signo trágico que pesó sobre todos sus hijos bastardos, muertos de un único tiro en la frente. Son motivos ciertamente distintivos, excepcionales, tanto que, andando los tiempos, serían utilizados por García Márquez, como el propio

narrador lo indica, para configurar la estampa sexual del protomacho José Arcadio hijo y el destino de los hijos malogrados del coronel Aureliano. A camino entre la narración, el ensayo, el comentario y la crónica periodística, este relato de recio estilo ojalá marque un astuto giro de muñeca en la narrativa breve del autor de «Instrucciones para matar un caballo».

Divertido y conmovedor el cuento «Lengua muerta», del barranquillero-cienaguero Jaime Cabrera González. El protagonista es un docente extranjero aclimatado en la muy tropical Barranquilla de los estudios superiores del autor. Varado, al quebrar la empresa que lo contrató, sin ganas de regresar al país natal, el hombre tiene una enorme capacidad para los idiomas y aprender cualquier materia, virtudes que le permitirán a la larga hacerse contratar en cuanto colegio y escuela ofrece sus servicios, no siempre bien remunerados, y sin importar la asignatura que deba dictar. Tiene la particularidad de actuar sus clases, siempre de la mano de un cigarro; de pasearse por el salón con el tiempo suficiente para soltar sus palabras y permitir a los alumnos tomar apuntes precisos. Así, sin formación docente, pero hábil para ser lo que no es, hace un nombre y llega a ser un personaje singular en una universidad pública que no perdona una palabra mal puesta. Un día, sin explicación, algo sucede con la memoria y la capacidad histriónica del profesor, quien, en mitad de una clase, se le apaga la luz, huérfano de palabras, sus aliadas incondicionales. Algún infarto lingüístico ha subido hasta él. Se quedará solo en el salón, sabido tal vez de que ha sido su última lección en veinte años de ejercicio docente, o, más bien, actoral. Es encontrado muerto, a la mañana siguiente,

en el apartamento donde vive solo. Lengua y memoria lo han abandonado esta vez para siempre. Será recordado, sin embargo, en medio de bromas y especulaciones de cafeterías, como un profesor cumplidor, un maestro competente por donde se le mire y alguien difícil de olvidar. Un relato afortunado este en el que Cabrera González se mueve a sus anchas, pleno de humor contenido y de los sabios giros narrativos que exige el género.

La confesión de un campesino a un cura de pueblo será el principio de una serie de males. La primera víctima es Cirilo, el padre encargado de recibir la confesión, sobre la que solo se nos dice o sugiere que es imperdonable. Los efectos, sin embargo, son devastadores. El padre Cirilo cambia los hábitos domésticos, descuida la feligresía y la pasa encerrado en la habitación en donde el arzobispo, al conocer su estado, decide ir a escucharlo una tarde lluviosa. ¿Qué le confiesa? Algo siniestro, terrible, con la capacidad de destruir las vidas del prelado y la de Ramiro el sacristán, a quien Cirilo, antes de ser conducido a un manicomio, le revela el pecado del campesino. «La siniestra confesión de un labriego desconocido» es un texto que no pierde interés en ningún momento. Iván Fontalvo, su autor, es una de las nuevas voces de la palpitante narrativa del Caribe de Colombia, ganador de varios concursos de cuentos y galardonado recientemente con el Premio Internacional de Novela Héctor Rojas Herazo, en Sincelejo. Como los buenos narradores, se cuida de mantener en ascuas a los lectores, atento al precepto de no soltar prenda.

Acaban de matar al profesor Schneider por leer novelas. ¿Habrás visto? Su discípulo y amigo Fernández lo recuerda. Es imposible no recordarlo. Hablar con él era entrar en

duras y complejas contradicciones. Quería que sus viejos zapatos (zapatones, escribe José Luis Garcés) fueran un día a visitar París. No él. Él no importaba. Quizá podría darse el lujo de acompañarlos. No para narrar París, como todo literato aspira a hacerlo, sino para vivirla, como debe ser. En las ciudades se respira la vida, no la geografía.

Fernández (el mismísimo de *Fernández y las ferocidades del vino*. ¿Se acuerdan? ¿Alter ego de Garcés González?) memora la última conversación que sostuvieron. Su antiguo profesor intentó psicoanalizarlo. O, más bien, psicoanalizar sus obras. «¿Qué razones ignotas habrá para sentir simpatía por lo prohibido?, se preguntó Fernández». «La bestia que llevamos dentro», contestó el profesor. Increíble resulta que un seguidor de Descartes se atuviera a tan frágil sentencia. Luego, con algo de petulancia dirá aquella otra frase: «Todo es razón, hasta el milagro». Aunque aparece algo melancólico por la muerte del amigo, resulta una verdadera delicia encontrarse en estas páginas con un personaje encantador como Fernández. *Cuentos felinos 8* hace el milagro. Todo un acierto la inclusión en este volumen de «Fernández y el profesor Schneider», en tanto los dos personajes recogen buena parte de las preocupaciones centrales de la narrativa de Garcés González.

Remberto y Josefa, los personajes de «Suicida», son dos jóvenes recolectores de algodón que deciden huir, a las pocas semanas de conocerse, a la ciudad, confiados en el capital de su juventud y el milagro de su amor. Sufrirán la indiferencia, la falta de oportunidades y la angustia de apenas tener con qué comer. Prendido a la ilusión, Remberto se juega la última carta de subirse a los buses de ruta a vender dulces: a la larga una forma disfrazada de mendicidad de

la que está perfectamente enterado. ¿Qué otro bus tomar? El suicidio aparece así en el horizonte del protagonista visible del cuento. El momento elegido será la noche, Josefa dormirá y el cuchillo es una opción leal. No cuenta el desesperado Remberto con la fortaleza de Josefa, quien finge dormir al él regresar y que, sin escándalos, lo atrae hacia ella, lo despoja de su decisión y le ratifica el valor del amor que decidieron compartir y arriesgar en un medio hostil. Una historia corriente, con personajes comunes, pero tratada de una manera que le confiere al relato una dimensión de la que solo es capaz la economía de la buena escritura. Sin patetismos, con un lenguaje directo, con asomos líricos, este texto confirma la fibra de la que está formado el universo literario de Naudín Gracián, el muy buen cuentista nacido en Montelíbano, Córdoba. Todo funciona en el relato: el enredo, la caracterización, la perspectiva y el tono de un lenguaje consciente como pocos de los riesgos asumidos.

El cómic y la literatura comparten hace bastante tiempo un buen trecho de mutuas influencias. Esos bailes de ida y vuelta los actualiza la poeta y narradora samaria Annabell Manjarrés Freyle en el hermoso cuento «Mujer Maravilla al rescate», título por demás sarcástico y en línea con el desencanto de la protagonista, enfrentada, por una perversa Harley Quinn, a la verdadera identidad de su amado Batman, millonario a quien ella se cree obligada a salvar, aunque en el fondo sepa que la empresa es un acto fallido. Una historia de celos, desengaños y miserias que pone a los superhéroes en las primeras páginas de los diarios sensacionalistas para el deleite morboso de los lectores de Ciudad Gótica. La arlequina Harley es el vehículo que

desenmascara a Batman, pero, igual, cumple la función de avispar a la protagonista, quien quizá a partir de entonces deje de ser la heroína del avión invisible y vaya al rescate de Diana Prince. «Esa noche huyó de Ciudad Gótica en su avión invisible. Era obvio que ya no era la Mujer Maravilla, sino una nueva clase de supertonta puesta en la tapa de una historia». Admirable declaración de un relato humano, intenso y calculador cuyo resultado feliz es una hábil crítica a la sociedad del consumo, el espectáculo y las relaciones efímeras.

«Sin comentarios, mi amor», de Aurora Montes, es un drama familiar con final trágico, pero en el que uno echa felizmente de menos la estridencia y el chantaje. El suicidio de un militar, en la casa que compartía con la esposa e hijos en una unidad militar, es el foco de un relato que despliega su peripecia desde la perspectiva alerta de la nueva inquilina del inmueble, mujer a quien poco parecieran importarles los comentarios de las vecinas, extrañadas de que ella y su familia ocupen la casa con el muerto fresco aún en la memoria de todos. Otra es la actitud de sus hijos, que, además de ser enterados de los pormenores del suicidio por otros chicos de la unidad militar, imitan al muerto y desean que la celosa madre los instale en la pieza nefasta, que ella se toma el trabajo de pintar varias veces con resultados poco afortunados. El paisaje bucólico que el suicida pintó para sus pequeños sigue vivo en la pared: un viejo puente de palo sobre un riachuelo desde el cual un niño y un osito miran correr el agua salpicada de sangre. Un astuto intercambio de fronteras, sin duda, muy indicativo de los fantasmas vigentes incluso detrás de los actos más sensatos.

En «El tomo III», cuento de María Angélica Pumarejo, un profesor colombiano de filosofía coincide en la biblioteca de la Universidad de Rennes con una traductora catalana nueve años menor que él, ya iniciado en la cincuenta. Él ha dejado Heidelberg para aceptar una cátedra. Ella ha sobrevivido en Francia a la invasión nazi, luego de desvincularse de la España a merced del franquismo. Es el año 1958. Será también el inicio de una relación de efectos prolongados en el tiempo y en otros personajes que, sin proponérselo, entrarán en contacto con el pasado del filósofo y la traductora. Él lee libros de una materia de la que vive desencantado. Ella vive para los placeres de la traducción y la buena mesa. Un sábado, que pasa para quedarse el fin de semana con él, encuentra una nota de despedida. Será Milena, sobrina del filósofo, heredera de sus libros de la Espasa Calpe, y amiga de la narradora, la encargada de descubrir, en Galveston, la clave de acceso a la fallida relación. Encontrará, intercalado en un soneto de Garcilaso, en el tomo III de los Clásicos Castellanos, la confesión de un amor y una paternidad impensados y perdidos en Heidelberg, en uno de los tantos soplos fatídicos de la Alemania nazi. Rocío, la traductora abandonada en Rennes, deriva entonces en el amor al que renuncia un hombre que solo con el tiempo halló en la compañía de sus alumnos, en Bogotá, algún alivio a su hermético dolor. Un texto de calculados movimientos, de irónicos asuntos y firme pulso en donde las flaquezas de la condición humana relucen en medio de los extravíos de la historia con mayúscula.

«Encomienda para el señor Linneo» es un cuento de tensión garantizada hasta la última línea. Atmósfera, tono y precisión contribuyen a ello, más que el sorpresivo envío

que recibe Linneo al destapar un paquete remitido supuestamente por el sabio Mutis desde la Nueva Granada. La caracterización del personaje central es otro elemento destacado en este relato y en la cuentística de Clinton, en la que las criaturas son tan importantes como las peripecias del asunto. Igual, aquí unos pocos rasgos depositan en la mente del lector los caracteres del naturalista sueco y de su homólogo, el joven sabio Mutis, quienes sostienen una intensa relación epistolar y científica, a ratos interferida por las autoridades coloniales de España y la Nueva Granada: a la larga, un indicio de contexto clave al interpretar el sentido del regalo que el sueco recibe: un buitre americano en apariencia disecado y que, una vez el naturalista levanta la tapa de la caja de vidrio en que reposa, abre los ojos y despliega sus alas adormecidas para escapar a través de un ventanal. Un relato concluyente en el que los mundos de los dos sabios amigos, separados por la geografía, las intrigas de los hombres y el estado de la navegación, caben en las horas de un día intenso. Kafka habló de precisión como de una de las exigencias del arte narrativo. Este relato de Clinton es una muestra de un postulado muy presente en la narrativa breve del autor de *Las manchas del jaguar* (1988), novela de juventud que le garantizó un auspicioso ingreso en las letras de su país.

*Cuentos felinos 8* ratifica una línea narrativa capaz de batirse con el tema menos usual y de asumir cualquier perspectiva genérica, en una demostración de feliz madurez artística. Ojalá que los nexos establecidos con la literatura de la región Caribe de Colombia, en especial con su narrativa, perduren, y este proyecto editorial único en Colombia, que nació una noche de bohemia en la Ronda

del Sinú, en Montería, acoja a nuevos escritores dispuestos a prolongarlo durante una generación más, al menos. Es una aventura segura, incitante, digna de apoyar, así sea a la distancia, con el aliento de quienes somos rendidos admiradores de la escritura de un género narrativo difícil de cultivar, de naturaleza camaleónica y de andar felino, de culto.

Cierro esta nota lamentando la ausencia, en este número, de Guillermo Tedio, quien se recupera de una intervención quirúrgica. Esperamos verlo pronto al frente de su manada de amigos y compinches.

Memphis (Tennessee), 10 noviembre de 2023.

## Silencio crucial

Martiniano Acosta

Rafael salió de Bahía del Mar al corregimiento de Santa Isabel a la búsqueda de un amigo folclorista para entrevistarlo.

A pesar de la mañana nublada y del viaje largo y tedioso que le esperaba, debía cumplir la cita, entre otras cosas porque él disfrutaba este tipo de trabajo y si le ofrecían honorarios, mejor. Incluso, muchos años atrás, Rafa lo entrevistó para la prensa local. Recuerda que habló y gozó con todos los líderes de esa región en unas extensas reuniones en las que escuchaban los ritmos del chandé, el pajarito y el bullerengue.

En esta oportunidad, el viaje no empezó bien: le tocó viajar más de cuatro horas en un bus maltrecho, con aire natural, recorriendo un camino de escalerilla, aún sin asfaltar. Al arribar, lejos de su destino, una de las situaciones impresionantes fue el recibimiento de la pavita de la muerte, ese pájaro de mal agüero que cantaba desde la cúpula de la iglesia o desde la copa de un árbol.

Por el callejón que recorría no había alero suficiente para resguardarse del sol. Transpiraba tanto que el sudor le bajaba de la frente en forma de gotas gordas. Al tiempo que sus oídos se taponaron del murmullo molesto que produce el canto de las chicharras llamando a la lluvia desde los árboles.

«No hay como estar sentado debajo de una palmera o de un olivo frondoso, cogiendo la fresca brisa del mar de mi ciudad, pero... bueno... el trabajo llama», susurró y se secó la frente con un pañuelo.

De pronto, lo estremeció el dolor de la espalda, que ya lo había extrañado. Presionó con la mano la parte baja de su espalda, y así caminó otras cuerdas. Era una de las cosas que más odiaba en su vida, el dolor. Sin embargo, tenía la esperanza de que se le quitaría sin visitar al médico. Le pasó por la mente una subida de presión arterial que le hizo cambiar el semblante. Se pasó los dedos por los cabellos. Se calmó y volvió a presionar su espalda con la palma de la mano y el dolor de los riñones se desvaneció.

—¡Por lo menos algo bueno en la mañana de hoy, carajo! ¡Ojalá no vuelva a molestarme!

Murmuró y lo que pensó le sacó una leve sonrisa. A las dos en punto de la tarde sonó el pito del tren que atravesaba el silencio del pueblo y transportaba carbón de la zona hasta el muelle situado a orilla del mar, allende a Bahía del Mar. El sonido del pito extendió el bochorno, aumentó la modorra y Rafael tuvo la impresión de escucharlo, al final, como si fuera el último latido de un corazón.

En su hombro colgaban la cámara de fotografiar que parecía un apéndice del brazo y la mochila arhuaca con una agenda y el celular. Sus pies se orientaron hacia la calle principal, acelerándolos como animal perseguido, sin dejar de mirar hacia atrás.

De repente, sus ojos se encontraron con algo sugestivo. Se detuvo y se rascó la cabeza. Miró y analizó a su alrededor. Tomó la cámara, la cuadró delante de sus ojos y empezó a fotografiar: ¡clic!, la iglesia más parecida a una casa

de perro que a un templo. ¡Clic!, una enorme pila de sacos de arena como trincheras en plena plaza. ¡Clic!, un parque con pocas bancas. ¡Clic!, no había ninguna persona en el parque, solo un perro que dormitaba bajo la canícula de las dos de la tarde y que el calor lo volvía zonzo. Con mucha maña, intentó tomar una foto a la pavita de la muerte instalada en la pequeña cúpula de la iglesia, pero ella más habilidosa que él aleteó entre los árboles y se perdió. La cámara no pudo disparar el *flash*.

Rafael no le dio importancia al detalle de la cámara. Otra vez secó su sudor con el pañuelo de bordes azules. Tuvo el deseo de encontrarse, muy cerca, con algún vendedor de *raspaos* para calmar la sed devastadora que este lugar tropical le provocaba. Pero la ilusión del *raspao* se le volvió trizas. Sin brújula, buscó la clásica tienda de plaza —esas que nunca faltan en los pueblos—, pero allí, en Santa Isabel, no había ningún negocio abierto a esa hora del día; el tiempo y el silencio marcaban quietud y, a la vez, sembraban incertidumbre.

No tuvo otra actitud sino soltar un profundo ¡uf! en el que botaba el aire de sus pulmones y tomaba otra bocanada que fuera más limpia. Sin embargo, le pareció que el aire estaba infesto. Aprovechó unos cuantos segundos para tomar la foto a otro perro, que revolvía basura en un sardinel debajo de un ventanal de barrotes torneados.

—Esta foto la voy a titular «Soledad» —dijo sonriendo, y avanzó a zancadas bajo el sol inclemente.

Miró su celular para saber si alguno de sus amigos o amigas le había enviado algún mensaje. Se percató de que no había señal. Lo apagó y lo guardó en la mochila, desilusionado. Nunca dejó de imaginar que había alguien

detrás suyo. Volteó, no había nadie. Terminó rascándose la cabeza, la barba, y avanzó.

El calor parecía un perro atosigante, y el sudor una serpiente que se le enroscaba en el cuello delgado, le empapaba su frondoso cabello aindiado y le bajaba por las piernas hasta mojarle la planta de los pies. Rafael se detuvo entre dos bancas, a un lado de la plaza, sin saber qué derrotero seguir. El ambiente seguía silencioso y sin ver personas o, por lo menos, alguna rueda de bicicleta cruzando las esquinas. Se pasó la mano por el cabello y tuvo la impresión de que el miedo empezaba a subírsele como una araña intrusa por las mejillas, la frente y luego se le enredaba en el cabello. Su lengua humedeció los labios reseca. Sintió fatiga. El resplandor le molestaba y, en la lejanía, vio una figura de mujer que, bajo un paraguas, atravesaba la calle.

Se alegró. Sin embargo, la realidad era que los moradores hacían la siesta, y esperaban que el sol les diera una tregua y, después, todos cumplirían con las labores cotidianas. Así pensaba Rafa, tal vez, para darse ánimo y olvidarse de lo que había visto minutos antes.

El sol empezó a bajar las baterías, eran las tres y media, y nadie transitaba por las calles, todos estaban sometidos, quizás, a una cuarentena. Ni siquiera había algarabía de niños en las escuelas.

Rafa recordó que el viaje no había sido tan agradable, que el silencio del pueblo lo molestaba, que el bus en el que había llegado se devolvió sin pasajeros para Bahía del Mar.

Se dirigió a la Casa del Folclor, lugar en donde años atrás también había estado dictando una conferencia sobre Cultura, Folclor y Política. Hoy debía entrevistar a un famoso tamborero, amigo de muchos años, viejo artista de